

OPINIÓN

El baile de las que sobran

Digna González
Directora Ejecutiva
Corporaciones Valientes, Valparaíso

A 26 años de la primera conmemoración del Día Mundial contra el Cáncer, el mundo vuelve a poner el foco de la reflexión en los avances, en la reducción de la carga económica para quienes lo enfrentan, y en los grandes desafíos que impone esta enfermedad, que en nuestro país hace tiempo debió ser declarada una emergencia sanitaria.

¿Cómo sumarse a esta conmemoración con esperanza cuando, en Chile, la posibilidad de sobrevivir de cientos de mujeres no depende solo del diagnóstico, sino del bolsillo, del lugar donde se atienden y de si el sistema —público o privado— decide o no hacerse cargo? ¿O cuando el Estado ha abandonado su compromiso de resguardar uno de los derechos humanos más básicos: la vida? Durante años, el cáncer de mama ha sido una prioridad sanitaria en nuestro país. Sin embargo, cuando el diagnóstico es cáncer de mama metastásico, el compromiso se rompe: no hay cura, pero sí tratamiento, y el acceso queda reservado solo para quienes pueden pagarlo. Un acto cruel, arbitrario y profundamente discriminatorio.

Se estima que entre un 5% y un 10% de los nuevos diagnósticos de tumores mamarios son del tipo metastásico, y que entre un 20% y un 30% de las mujeres diagnosticadas precozmente podrían evolucionar hacia cuadros más avanzados con el tiempo.

En el caso del cáncer de mama metastásico Her2+, Chile cuenta con una terapia específica que ha demostrado científicamente que, además de frenar el avance de la enfermedad, mejora la calidad de vida de las mujeres que la enfrentan. No es experimental, no es una promesa futura. Está disponible. Pero solo para quienes pueden pagarla o se atienden en el sistema privado de salud. Para las mujeres del sistema público, esa terapia no existe y debemos conformarnos con quimioterapias altamente tóxicas, con efectos secundarios inhabilitantes, por ejemplo, para trabajar.

¿Atravesar un cáncer —y en especial uno que no tiene cura— no es ya una carga demasiado pesada como para que además el sistema ponga más peso sobre nuestros hombros? ¿Cómo sobrevivimos si no podemos acceder a un tratamiento que nos ayude y el que nos toca nos limita físicamente para generar ingresos? ¿Nuestras vidas valen menos que las de otras personas?

En este Día Mundial del Cáncer no necesitamos más reflexiones, buenas intenciones ni promesas vacías. Necesitamos decisiones, voluntad política y acciones concretas que reconozcan que la dignidad y la calidad de vida no pueden depender del pronóstico ni del bolsillo. Porque mientras haya mujeres excluidas por no ser “curables”, este no será un sistema que cuide, sino uno que decide quién merece vivir mejor. Y aun así, seguimos aquí. De pie. Exigiendo ser vistas, escuchadas y vivir con la dignidad que nos corresponde. ¡No somos las que sobran! ¡Somos las que resisten!